



León Tolstói

De lo que Vive
el Hombre

E LEJANDRIA

DE LO QUE VIVE EL HOMBRE

LEÓN TOLSTÓI

1881

ORIGEN: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO

¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

DE LO QUE VIVE EL HOMBRE

"Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte"-1 Epístola San Juan iii. 14.

"El que tiene los bienes del mundo, y ve a su hermano necesitado, y le cierra su compasión, ¿cómo permanece en él el amor de Dios? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y de verdad" -iii. 17-18.

"El amor es de Dios; y todo el que ama es engendrado por Dios, y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor" -iv. 7-8.

"Nadie ha visto a Dios en ningún momento; si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros" -iv. 12.

"Dios es amor; y el que permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios permanece en él" -iv. 16.

"Si alguno dice: amo a Dios, y odia a su hermano, es un mentiroso; porque el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?"-iv. 20.

Un zapatero llamado Simón, que no tenía casa ni tierras propias, vivía con su mujer y sus hijos en una cabaña de campesinos, y se ganaba la vida con su trabajo. El trabajo era barato, pero el pan era caro, y lo que ganaba lo gastaba en comida. El hombre y su mujer sólo tenían un abrigo de piel de oveja para el invierno, e incluso éste estaba hecho jirones, y era el segundo año que quería comprar pieles de oveja para un nuevo abrigo. Antes del invierno, Simón había ahorrado un poco de dinero: un billete de tres rublos estaba escondido en la caja de su mujer, y los clientes del pueblo le debían cinco rublos y veinte kopeks.

Así que una mañana se preparó para ir al pueblo a comprar las pieles de oveja. Se puso encima de la camisa la chaqueta de náquel acolchada de su mujer, y encima su propio abrigo de paño. Cogió el billete de tres rublos que llevaba en el bolsillo, se cortó un palo para que le sirviera de bastón y se puso en marcha después del desayuno. "Recogeré los cinco rublos que me deben", pensó, "y añadiré los tres que tengo, y será suficiente para comprar pieles de oveja para el abrigo de invierno".

Llegó al pueblo y llamó a la cabaña de un campesino, pero éste no estaba en casa. La mujer del campesino le prometió que le pagaría el dinero la semana siguiente, pero no quiso pagarlo ella misma. Entonces Simón llamó a otro campesino, pero éste le juró que no tenía dinero y que sólo le pagaría veinte kopeks que le debía por un par de botas que Simón había remendado. Simón intentó entonces comprar las pieles de oveja a crédito, pero el comerciante no quiso confiar en él.

"Trae tu dinero", le dijo, "y podrás elegir las pieles. Ya sabemos cómo es el cobro de deudas".

Así que todo el negocio que hizo el zapatero fue recibir los veinte kopeks por las botas que había remendado, y llevarse un par de botas de fieltro que le dio un campesino para que las suela con cuero.

Simón se sintió abatido. Gastó los veinte kopeks en vodka, y emprendió el regreso a casa sin haber comprado ninguna piel. Por la mañana había sentido la helada, pero ahora, después de beber la vodka, se sentía caliente, incluso sin el abrigo de piel de oveja. Avanzaba a duras penas, golpeando el bastón en la tierra helada con una mano, balanceando las botas de fieltro con la otra, y hablando consigo mismo.

"Estoy bien abrigado", dijo, "aunque no tengo abrigo de piel de oveja. He tomado una gota, y corre por todas mis venas. No necesito pieles de oveja. Me voy y no me preocupo por nada. ¡Esa es la clase de hombre que soy! ¿Qué me importa? Puedo vivir sin pieles de oveja. No las necesito. Mi esposa se preocupará, seguro. Y, es cierto, es una pena; uno trabaja todo el día, y luego no se le paga. ¡Para un poco! Si no traes ese dinero, seguro que te despellejaré, bendito sea. ¿Cómo es eso? ¡Paga veinte kopeks cada vez! ¿Qué puedo hacer con veinte kopeks? Beberlos, eso es todo lo que uno puede hacer. ¡Dice que es duro! Puede que lo esté, pero ¿qué hay de mí? Tú tienes casa, ganado y todo; yo sólo tengo lo que tengo. Tú tienes maíz de tu propio cultivo; yo tengo que comprar todos los granos. Haga lo que quiera, debo gastar tres rublos cada semana sólo en pan. Llego a casa y me encuentro con que el pan se ha agotado, y tengo que desembolsar otro rublo y medio. Así que paga lo que debes, y no hagas tonterías".

Para entonces, ya casi había llegado al santuario en la curva del camino. Al levantar la vista, vio algo blanquecino detrás del santuario. La luz del día se desvanecía, y el zapatero miró la cosa sin poder distinguir lo que era. "Antes no había ninguna piedra blanca aquí. ¿Puede ser un buey? No parece un buey. Tiene la cabeza como la de un hombre, pero es demasiado blanca; ¿y qué podría hacer un hombre allí?"

Se acercó para que se viera claramente. Para su sorpresa, era realmente un hombre, vivo o muerto, sentado desnudo, apoyado inmóvil contra el santuario. El terror se apoderó del zapatero y pensó: "Alguien lo ha matado, lo ha desnudado y lo ha dejado aquí. Si me entrometo, seguramente me meteré en problemas".

Así que el zapatero siguió adelante. Pasó por delante del santuario para no ver al hombre. Cuando se alejó un poco, miró hacia atrás y vio que el hombre ya no estaba apoyado en el santuario, sino que se movía como si mirara hacia él. El zapatero se sintió más asustado que antes y pensó: "¿Vuelvo hacia él o sigo adelante? Si me acerco a él puede ocurrir algo terrible. ¿Quién sabe quién es ese tipo? No ha venido aquí para nada bueno. Si me acerco a él, puede saltar y estrangularme, y no habrá forma de escapar. O si no, seguirá siendo una carga en las manos. ¿Qué podría hacer con un hombre desnudo? No podría darle mi última ropa. Que el cielo me ayude a escapar".

Así que el zapatero se apresuró a dejar atrás el santuario, cuando de repente su conciencia le golpeó y se detuvo en el camino.

"¿Qué haces, Simón?", se dijo. "El hombre puede estar muriendo de necesidad, y tú pasas de largo con miedo. ¿Te has hecho tan rico como para tener miedo de los ladrones? Ah, Simón, ¡qué vergüenza!"

Así que dio media vuelta y se acercó al hombre.

II

Simón se acercó al forastero, lo miró y vio que era un hombre joven, en forma, sin magulladuras en el cuerpo, sólo evidentemente helado y asustado, y que estaba sentado inclinado hacia atrás sin levantar la vista hacia Simón, como si estuviera demasiado débil para levantar los ojos. Simón se acercó a él y entonces el hombre pareció despertar. Girando la cabeza, abrió los ojos y miró a la cara de Simón. Esa sola mirada bastó para que Simón se encariñara con el hombre. Tiró las botas de fieltro al suelo, se desabrochó la faja, la puso sobre las botas y se quitó el abrigo de paño.

"No es momento de hablar", dijo. "¡Venga, ponte este abrigo de una vez!" Y Simón tomó al hombre por los codos y lo ayudó a levantarse. Mientras estaba de pie, Simón vio que su cuerpo estaba limpio y en buenas condiciones, sus manos y pies bien formados, y su rostro bueno y amable. Le echó el abrigo sobre los hombros, pero éste no encontraba las mangas. Simón le introdujo los brazos en ellas y, colocando bien el abrigo, lo envolvió estrechamente, atando la faja a la cintura del hombre.

Simón incluso se quitó su gorra rota para ponérsela en la cabeza al hombre, pero entonces sintió frío en la suya y pensó: "Yo soy bastante calvo,

mientras que él tiene el pelo largo y rizado". Así que volvió a ponerse la gorra en la cabeza. "Será mejor darle algo para los pies", pensó, e hizo que el hombre se sentara, y le ayudó a ponerse las botas de fieltro, diciendo: "Ya está, amigo, ahora muévete y caliéntate. Los demás asuntos se pueden arreglar más tarde. ¿Puedes caminar?"

El hombre se levantó y miró amablemente a Simón, pero no pudo decir una palabra.

"¿Por qué no hablas?", dijo Simón. "Hace demasiado frío para quedarse aquí; tenemos que irnos a casa. Toma mi bastón y, si te sientes débil, apóyate en él. Ahora sal de ahí".

El hombre empezó a caminar, y se movió con facilidad, sin quedarse atrás.

Mientras avanzaban, Simón le preguntó: "¿Y de dónde eres?"

"No soy de estas tierras".

"Ya me lo imaginaba. Conozco a la gente de por aquí. Pero, ¿cómo llegaste a estar allí junto al santuario?"

"No puedo decirlo."

"¿Alguien te ha maltratado?"

"Nadie me ha maltratado. Dios me ha castigado".

"Por supuesto que Dios lo gobierna todo. Aun así, tendrás que encontrar comida y refugio en algún lugar. ¿A dónde quieres ir?"

"Todo me da igual".

Simón estaba sorprendido. El hombre no parecía un bribón, y hablaba con suavidad, pero no daba cuenta de sí mismo. Aun así, Simón pensó: "¿Quién sabe lo que puede haber pasado?". Y dijo al forastero: "Pues bien, ven conmigo a casa, y al menos caliéntate un rato".

Así que Simón se dirigió a su casa, y el forastero le siguió el ritmo, caminando a su lado. El viento se había levantado y Simón sentía el frío bajo su camisa. Ya se le había pasado la borrachera y empezaba a sentir la escarcha. Avanzaba moqueando y envolviendo el abrigo de su mujer, y pensaba para sí mismo: "¡Ya está, hablando de pieles de oveja! He salido a por pieles de

oveja y he vuelto a casa sin siquiera un abrigo a la espalda, y además traigo a un hombre desnudo. ¡Matryóna no estará contenta!" Y cuando pensó en su mujer se sintió triste; pero cuando miró al forastero y recordó cómo lo había mirado en el santuario, su corazón se alegró.

III

Aquel día, la mujer de Simón tenía todo preparado desde muy temprano. Había cortado leña, traído agua, alimentado a los niños, comido su propia comida, y ahora estaba sentada pensando. Se preguntaba cuándo debía hacer el pan: ¿ahora o mañana? Todavía quedaba un trozo grande.

"Si Simón ha cenado en la ciudad", pensó, "y no come mucho en la cena, el pan durará otro día".

Pesó el trozo de pan en su mano una y otra vez, y pensó: "No voy a hacer más hoy. Sólo nos queda harina para hacer una hornada. Podemos arreglárnoslas para que esto dure hasta el viernes".

Matryóna guardó el pan y se sentó a la mesa a remendar la camisa de su marido. Mientras trabajaba pensaba en cómo su marido compraba pieles para un abrigo de invierno.

"Ojalá el comerciante no le engañe. Mi buen hombre es demasiado simple; no engaña a nadie, pero cualquier niño puede aceptarlo. Ocho rublos es mucho dinero; debería conseguir un buen abrigo a ese precio. No de pieles curtidas, pero sí un buen abrigo de invierno. Qué difícil fue el invierno pasado salir adelante sin un abrigo cálido. No podía bajar al río, ni salir a ningún sitio. Cuando salió se puso todo lo que teníamos, y no quedó nada para

mí. Hoy no ha salido muy temprano, pero ya es hora de que vuelva. Sólo espero que no se haya ido de juerga".

Apenas había pensado Matryóna esto, cuando se oyeron pasos en el umbral y alguien entró. Matryóna clavó la aguja en su labor y salió al pasillo. Allí vio a dos hombres: Simón, y con él un hombre sin sombrero y con botas de fieltro.

Matryóna notó enseguida que su marido olía a alcohol. "Ya está, ha estado bebiendo", pensó. Y cuando vio que no tenía abrigo, que sólo llevaba su chaqueta, que no traía ningún paquete, que permanecía en silencio y que parecía avergonzado, su corazón estuvo a punto de romperse de decepción. "Se ha bebido el dinero", pensó, "y se ha ido de juerga con algún inútil que ha traído a casa".

Matryóna los dejó pasar a la cabaña, los siguió y vio que el extraño era un hombre joven y delgado, que llevaba el abrigo de su marido. No se veía ninguna camisa debajo de él, y no tenía sombrero. Al entrar, no se movió ni levantó la vista, y Matryóna pensó: "Debe ser un hombre malo, tiene miedo".

Matryóna frunció el ceño y se quedó de pie junto al horno mirando a ver qué hacían.

Simón se quitó la gorra y se sentó en el banco como si todo estuviera bien.

"Vamos, Matryóna; si la cena está lista, tomemos un poco".

Matryóna murmuró algo para sí misma y no se movió, sino que se quedó donde estaba, junto al horno. Miró primero a uno y luego al otro, y sólo negó con la cabeza. Simón vio que su mujer estaba molesta, pero trató de disimularlo. Fingiendo no darse cuenta de nada, cogió al desconocido por el brazo.

"Siéntese, amigo", dijo, "y cenemos algo".

El desconocido se sentó en el banco.

"¿No has cocinado nada para nosotros?", dijo Simón.

La ira de Matryóna se desbordó. "He cocinado, pero no para vosotros. Me parece que te has emborrachado. Fuiste a comprar un abrigo de piel de

oveja, pero vuelves a casa sin nada más que el abrigo que llevabas, y traes a un vagabundo desnudo a casa. No tengo cena para borrachos como tú".

"Es suficiente, Matryóna. No muevas la lengua sin razón. Será mejor que preguntes qué clase de hombre..."

"¿Y me dices qué has hecho con el dinero?"

Simon encontró el bolsillo de la chaqueta, sacó el billete de tres rublos y lo desplegó.

"Aquí está el dinero. Trífonof no ha pagado, pero promete hacerlo pronto".

Matryóna se enfadó aún más; no había comprado ninguna piel de oveja, sino que había puesto su único abrigo a un tipo desnudo e incluso lo había llevado a su casa.

Cogió el billete de la mesa, lo llevó a un lugar seguro y dijo "No tengo cena para ti. No podemos alimentar a todos los borrachos desnudos del mundo".

"Ya está, Matryóna, cállate un poco la lengua. Primero escucha lo que un hombre tiene que decir..."

"Mucha sabiduría escucharé de un tonto borracho. Hice bien en no querer casarme contigo, un borracho. Te bebiste el lino que me dio mi madre, y ahora has ido a comprar un abrigo, ¡y te lo has bebido también!"

Simón trató de explicarle a su esposa que sólo había gastado veinte kopeks; trató de contar cómo había encontrado al hombre, pero Matryóna no le dejó decir ni una palabra. Habló de diecinueve a la docena, e introdujo cosas que habían sucedido diez años antes.

Matryóna hablaba y hablaba, y al final se abalanzó sobre Simón y lo agarró por la manga.

"Dame mi chaqueta. Es la única que tengo, y tienes que quitármela y ponértela tú. Dámela, perro sarnoso, y que el diablo te lleve".

Simón empezó a quitarse la chaqueta y le dio la vuelta a una manga; Matryóna la agarró y se le rompieron las costuras. La cogió, se la echó por encima y se dirigió a la puerta. Tenía la intención de salir, pero se detuvo inde-

cisa: quería descargar su ira, pero también quería saber qué clase de hombre era el desconocido.

IV

Matryóna se detuvo y dijo: "Si fuera un buen hombre no estaría desnudo. Ni siquiera tiene una camisa. Si estuviera bien, dirías dónde te encontraste con él".

"Eso es justo lo que estoy tratando de decirte", dijo Simon. "Cuando llegué al santuario lo vi sentado desnudo y congelado. No hace buen tiempo para sentarse desnudo. Dios me envió hacia él, o habría perecido. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo saber lo que podría haberle ocurrido? Así que lo tomé, lo vestí y lo llevé. No te enfades, Matryóna. Es un pecado. Recuerda que todos debemos morir algún día".

A Matryóna se le ocurrieron palabras de enfado, pero miró al forastero y guardó silencio. Se sentó en el borde del banco, inmóvil, con las manos cruzadas sobre las rodillas, la cabeza caída sobre el pecho, los ojos cerrados y las cejas fruncidas como si le doliera. Matryóna guardó silencio, y Simón dijo "Matryóna, ¿no tienes amor a Dios?"

Matryóna escuchó estas palabras, y al mirar al desconocido, su corazón se ablandó de repente hacia él. Volvió de la puerta y, dirigiéndose al horno, sacó la cena. Puso una taza sobre la mesa y sirvió un poco de kvas[2]. Luego sacó el último trozo de pan y puso un cuchillo y cucharas.

"Come, si quieres", dijo.

Simón atrajo al forastero hacia la mesa.

"Toma tu lugar, joven", dijo.

Simón cortó el pan, lo desmenuzó en el caldo y comenzaron a comer. Matryóna se sentó en la esquina de la mesa, apoyando la cabeza en la mano y mirando al forastero.

Matryóna se compadeció del forastero y empezó a sentir cariño por él. Y al instante el rostro del forastero se iluminó; sus cejas ya no estaban inclinadas, levantó los ojos y sonrió a Matryóna.

Cuando terminaron de cenar, la mujer recogió las cosas y comenzó a interrogar al forastero. "¿De dónde eres?", dijo ella.

"No soy de estas tierras".

"¿Pero cómo has llegado a estar en el camino?"

"No puedo decirlo.

"¿Te ha robado alguien?"

"Dios me castigó".

"¿Y estabas allí desnudo?"

"Sí, desnudo y helado. Simón me vio y se apiadó de mí. Se quitó su abrigo, me lo puso encima y me trajo aquí. Y tú me has alimentado, me has dado de beber y te has apiadado de mí. Dios te recompensará".

Matryóna se levantó, cogió de la ventana la vieja camisa de Simón que había estado remendando y se la dio al forastero. También sacó un par de pantalones para él.

"Veo que no tienes camisa. Ponte esto y acuéstate donde quieras, en el desván o en el horno[3]".

El forastero se quitó el abrigo, se puso la camisa y se acostó en el desván. Matryóna apagó la vela, cogió el abrigo y subió hasta donde yacía su marido.

Matryóna se tapó con las faldas del abrigo y se acostó, pero no pudo dormir; no podía quitarse al desconocido de la cabeza.

Cuando recordaba que él se había comido el último trozo de pan y que no había ninguno para mañana, y pensaba en la camisa y los pantalones que

había regalado, se sentía apenada; pero cuando recordaba cómo había sonreído él, su corazón se alegraba.

Matryóna estuvo mucho tiempo despierta, y se dio cuenta de que Simón también lo estaba; atrajo el abrigo hacia él.

"¡Simón!"

"¿Y bien?"

"Has comido lo último del pan, y no he puesto ninguno a subir. No sé qué haremos mañana. Tal vez pueda pedirle algo a la vecina Martha".

"Si estamos vivos, encontraremos algo que comer".

La mujer se quedó quieta un rato y luego dijo: "Parece un buen hombre, pero ¿por qué no nos dice quién es?"

"Supongo que tiene sus razones".

"¡Simón!"

"¿Y bien?"

"Nosotros damos; pero ¿por qué nadie nos da nada?"

Simón no supo qué decir; así que sólo dijo: "Dejemos de hablar", y se dio la vuelta y se fue a dormir.

V

Por la mañana, Simón se despertó. Los niños seguían durmiendo; su mujer había ido a casa del vecino a pedirle pan. Sólo el forastero estaba senta-

do en el banco, vestido con la camisa y los pantalones viejos, y mirando hacia arriba. Su rostro estaba más brillante que el día anterior.

Simón le dijo: "Bueno, amigo; el vientre quiere pan, y el cuerpo desnudo ropa. Hay que trabajar para vivir. ¿Qué trabajo conoces?"

"No sé ninguno".

Esto sorprendió a Simón, pero dijo: "Los hombres que quieren aprender pueden aprender cualquier cosa".

"Los hombres trabajan, y yo también trabajaré".

"¿Cómo te llamas?"

"Michael."

"Bueno, Michael, si no quieres hablar de ti, eso es asunto tuyo; pero tendrás que ganarte la vida por ti mismo. Si trabajas como te digo, te daré comida y alojamiento".

"¡Que Dios te recompense! Aprenderé. Enséñame lo que tengo que hacer".

Simón cogió un hilo, se lo puso alrededor del pulgar y empezó a retorcerlo.

"Es muy fácil, ¡mira!"

Miguel lo observó, puso un poco de hilo alrededor de su propio pulgar de la misma manera, captó la destreza y retorció el hilo también.

Luego Simón le mostró cómo encerar el hilo. Esto también lo dominó Miguel. A continuación, Simón le enseñó a enroscar la cerda y a coser, y esto también lo aprendió enseguida.

Todo lo que Simón le enseñaba lo entendía enseguida, y al cabo de tres días trabajaba como si hubiera cosido botas toda su vida. Trabajaba sin parar y comía poco. Cuando terminaba el trabajo se sentaba en silencio, mirando hacia arriba. Apenas salía a la calle, sólo hablaba cuando era necesario y no bromeaba ni reía. Nunca le vieron sonreír, salvo aquella primera noche en que Matryóna les dio la cena.

VI

Día a día y semana a semana, el año fue pasando. Miguel vivía y trabajaba con Simón. Su fama se extendió hasta el punto de que la gente decía que nadie cosía las botas con tanta pulcritud y solidez como el obrero de Simón, Miguel; y de toda la comarca la gente acudía a Simón a por sus botas, y él empezó a tener una buena posición económica.

Un día de invierno, mientras Simón y Miguel trabajaban, se acercó a la cabaña un carruaje con tres caballos y campanas. Se asomaron a la ventana; el carruaje se detuvo ante su puerta, un fino criado bajó de la caja y abrió la puerta. Un caballero con un abrigo de piel se bajó y se acercó a la cabaña de Simón. Matryóna se levantó y abrió la puerta de par en par. El caballero se inclinó para entrar en la cabaña, y cuando se levantó de nuevo su cabeza casi llegaba al techo, y parecía llenar su extremo de la habitación.

Simón se levantó, se inclinó y miró al caballero con asombro. Nunca había visto a nadie como él. El propio Simón era delgado, Miguel era flaco, y Matryóna estaba seca como un hueso, pero aquel hombre era como alguien de otro mundo: con la cara roja, corpulento, con un cuello como el de un toro, y con un aspecto totalmente como si estuviera fundido en hierro.

El caballero resopló, se quitó el abrigo de piel, se sentó en el banco y dijo: "¿Quién de vosotros es el maestro zapatero?"

"Soy yo, Excelencia", dijo Simón, adelantándose.

Entonces el caballero gritó a su mozo: "¡Eh, Fédka, trae el cuero!"

El criado entró corriendo, trayendo un paquete. El caballero cogió el paquete y lo puso sobre la mesa.

"Desátalo", dijo. El muchacho lo desató.

El caballero señaló el cuero.

"Mira, zapatero", dijo, "¿ves este cuero?"

"Sí, su señoría".

"¿Pero sabes qué tipo de cuero es?"

Simón palpó el cuero y dijo: "Es un buen cuero".

"¡Buena, en efecto! Pero, tonto, nunca has visto un cuero así en tu vida. Es alemán y cuesta veinte rublos".

Simón se asustó y dijo: "¿Dónde iba a ver yo un cuero así?"

"¡Así es! Ahora, ¿puedes convertirlo en botas para mí?"

"Sí, Excelencia, puedo".

Entonces el caballero le gritó: "¿Puedes, puedes? Bueno, recuerda para quién las vas a hacer y de qué cuero se trata. Tienes que hacerme unas botas que me sirvan durante un año, sin que pierdan su forma ni se descosen. Si puedes hacerlo, toma el cuero y córtalo; pero si no puedes, dilo. Te advierto ahora que si tus botas se descosen o pierden la forma antes de un año, haré que te metan en la cárcel. Si no se rompen o pierden la forma durante un año, te pagaré diez rublos por tu trabajo".

Simón estaba asustado y no sabía qué decir. Miró a Miguel y, dándole un codazo, le susurró: "¿Acepto el trabajo?"

Michael asintió con la cabeza como diciendo: "Sí, tómalo".

Simón hizo lo que Michael le aconsejó, y se comprometió a hacer unas botas que no perdieran la forma ni se rajaran en todo un año.

Llamando a su criado, el caballero le dijo que se quitara la bota de la pierna izquierda, que estiró.

"¡Toma mi medida!", dijo.

Simón cosió una medida de papel de diecisiete pulgadas, la alisó, se arrodilló, se limpió bien las manos en el delantal para no ensuciar el calcetín del caballero y empezó a medir. Midió la suela, el empeine y empezó a medir la pantorrilla, pero el papel era demasiado corto. La pantorrilla era tan gruesa como una viga.

"Ten cuidado de que no te apriete demasiado la pierna".

Simon cosió otra tira de papel. El caballero movió los dedos del pie en el calcetín, mirando a los que estaban en la cabaña, y al hacerlo se fijó en

Michael.

"¿A quién tienes ahí?", preguntó.

"Ese es mi obrero. Va a coser las botas".

"Ten cuidado", dijo el caballero a Miguel, "recuerda hacerlas para que me duren un año".

Simón también miró a Miguel, y vio que éste no miraba al caballero, sino que miraba hacia la esquina detrás del caballero, como si viera a alguien allí. Michael miró y miró, y de repente sonrió, y su rostro se iluminó.

"¿De qué te ríes, tonto?", tronó el caballero. "Será mejor que te ocupes de que las botas estén listas a tiempo".

"Estarán listas a tiempo", dijo Miguel.

"No te preocupes", dijo el caballero, y se puso las botas y el abrigo de piel, se envolvió con éste y se dirigió a la puerta. Pero se olvidó de agacharse y se golpeó la cabeza contra el dintel.

Maldijo y se frotó la cabeza. Luego se sentó en el carruaje y se marchó.

Cuando se hubo ido, Simon dijo: "¡Ahí tienes una figura de hombre para ti! No podrías matarlo con un mazo. Casi derriba el dintel, pero poco daño le hizo".

Y Matryóna dijo: "Viviendo como vive, ¿cómo no va a fortalecerse? La misma muerte no puede tocar una roca como ésta".

VII

Entonces Simón le dijo a Miguel: "Bien, hemos aceptado el trabajo, pero debemos procurar no meternos en problemas por él. El cuero es caro, y el caballero tiene mal genio. No debemos cometer errores. Vamos, tu ojo es más fiel y tus manos se han vuelto más ágiles que las mías, así que toma esta medida y recorta las botas. Yo terminaré la costura de los vampiros".

Miguel hizo lo que le dijeron. Tomó el cuero, lo extendió sobre la mesa, lo dobló en dos, tomó un cuchillo y comenzó a recortar.

Matryóna se acercó y le observó cortar, y se sorprendió al ver cómo lo hacía. Matryóna estaba acostumbrada a ver cómo se hacían las botas, y miró y vio que Miguel no estaba cortando el cuero para las botas, sino que lo estaba cortando en redondo.

Quiso decir algo, pero pensó para sí misma: "Quizá no entienda cómo se hacen las botas de caballero. Supongo que Michael sabe más al respecto, y yo no me entrometeré".

Una vez que Miguel hubo cortado el cuero, tomó un hilo y comenzó a coser, no con dos extremos, como se cosen las botas, sino con un solo extremo, como para las zapatillas blandas.

De nuevo Matryóna se extrañó, pero de nuevo no interfirió. Miguel cosió sin cesar hasta el mediodía. Entonces Simón se levantó para cenar, miró a su alrededor y vio que Miguel había hecho zapatillas con el cuero del caballero.

"Ah", gimió Simón, y pensó: "¿Cómo es posible que Miguel, que lleva un año entero conmigo y nunca ha cometido un error, haga una cosa tan espantosa? El caballero pidió botas altas, ribeteadas, con la parte delantera entera, y Miguel ha hecho unas zapatillas blandas con suela sencilla, y ha desperdiciado el cuero. ¿Qué voy a decirle al caballero? Nunca podré reemplazar un cuero como éste".

Y le dijo a Miguel: "¿Qué haces, amigo? ¡Me has arruinado! Sabes que el caballero pidió botas altas, ¡pero mira lo que has hecho!"

Apenas había comenzado a reprender a Miguel, cuando "rat-tat" sonó la argolla de hierro que colgaba de la puerta. Alguien llamaba a la puerta. Miraron por la ventana; un hombre había llegado a caballo, y estaba sujetando su caballo. Abrieron la puerta y entró el criado que había estado con el caballero.

"Buenos días", dijo.

"Buenos días", respondió Simón. "¿Qué podemos hacer por usted?"

"Mi señora me ha enviado por las botas".

"¿Qué pasa con las botas?"

"Pues que mi amo ya no las necesita. Ha muerto".

"¿Es posible?"

"No vivió para llegar a casa después de dejarte, sino que murió en el carruaje. Cuando llegamos a casa y los criados vinieron a ayudarlo a bajar, se revolcó como un saco. Ya estaba muerto, y tan rígido que apenas se le podía sacar del carruaje. Mi señora me envió aquí, diciendo: "Dígale al zapatero que el caballero que le encargó botas y dejó el cuero para ellas ya no necesita las botas, sino que debe hacer rápidamente unas zapatillas blandas para el cadáver. Espera a que estén listas y tráelas contigo". Para eso he venido".

Miguel recogió los restos del cuero; los enrolló, cogió las zapatillas blandas que había hecho, las unió con una palmada, las limpió con el delantal y se las entregó, junto con el rollo de cuero, al criado, que las cogió y dijo "¡Adiós, señores, y buen día para ustedes!"

VIII

Pasó otro año, y otro, y Miguel vivía ya su sexto año con Simón. Vivía como antes. No iba a ninguna parte, sólo hablaba cuando era necesario, y sólo había sonreído dos veces en todos esos años: una vez cuando Matryóna le daba comida, y una segunda vez cuando el señor estaba en su cabaña. Si-

món estaba más que satisfecho con su obrero. Ahora nunca le preguntaba de dónde venía, y sólo temía que Miguel se fuera.

Un día estaban todos en casa. Matryóna ponía ollas de hierro en el horno; los niños corrían por los bancos y miraban por la ventana; Simón cosía en una ventana, y Miguel se abrochaba un tacón en la otra.

Uno de los niños corrió a lo largo del banco hacia Miguel, se apoyó en su hombro y miró por la ventana.

"¡Mira, tío Michael! ¡Hay una señora con niñas pequeñas! Parece que viene hacia aquí. Y una de las niñas es coja".

Cuando el niño dijo eso, Michael dejó su trabajo, se volvió hacia la ventana y miró hacia la calle.

Simón se sorprendió. Michael no solía mirar a la calle, pero ahora se apretaba contra la ventana, mirando algo. Simón también se asomó y vio que una mujer bien vestida se acercaba realmente a su cabaña, llevando de la mano a dos niñas con abrigos de piel y chales de lana. Apenas se podía distinguir a las niñas, salvo que una de ellas estaba lisiada de la pierna izquierda y caminaba cojeando.

La mujer salió al porche y entró en el pasillo. Tanteando la entrada encontró el pestillo, que levantó, y abrió la puerta. Dejó que las dos chicas entraran primero y las siguió al interior de la cabaña.

"¡Buenos días, buena gente!"

"Por favor, pasen", dijo Simón. "¿Qué podemos hacer por ustedes?"

La mujer se sentó junto a la mesa. Las dos niñas se apretaron contra sus rodillas, temerosas de la gente de la cabaña.

"Quiero que se hagan zapatos de cuero para estas dos niñas, para la primavera".

"Podemos hacerlo. Nunca hemos hecho zapatos tan pequeños, pero podemos hacerlos; ya sean zapatos ribeteados o con volumen de negocio, forrados de lino. Mi hombre, Michael, es un maestro en el trabajo".

Simon miró a Michael y vio que había dejado su trabajo y estaba sentado con los ojos fijos en las niñas. Simon se sorprendió. Era cierto que las niñas eran bonitas, de ojos negros, regordetas y de mejillas sonrosadas, y que lle-

vaban bonitos pañuelos y abrigos de piel, pero aun así Simón no podía entender por qué Miguel las miraba así, como si las conociera de antes. Estaba desconcertado, pero siguió hablando con la mujer y arreglando el precio. Una vez fijado, preparó la medida. La mujer levantó a la niña coja sobre su regazo y le dijo "Toma dos medidas de esta niña. Haz un zapato para el pie cojo y tres para el sano. Ambos tienen el mismo tamaño de pies. Son gemelos".

Simón tomó la medida y, hablando de la niña coja, dijo: "¿Cómo le ha ocurrido? Es una niña tan bonita. ¿Nació así?"

"No, su madre le aplastó la pierna".

Entonces Matryóna intervino. Se preguntó quién era esa mujer y de quién eran los niños, así que dijo: "¿No eres tú su madre entonces?"

"No, mi buena mujer; no soy su madre ni tengo ningún parentesco con ellos. Eran totalmente extraños para mí, pero los adopté".

"¿No son tus hijos y, sin embargo, les tienes tanto cariño?"

"¿Cómo puedo evitar tenerles cariño? Los alimenté a ambos con mis propios pechos. Tuve un hijo propio, pero Dios se lo llevó. No le tenía tanto cariño como a ellos".

"Entonces, ¿de quién son los hijos?"

IX

La mujer, tras empezar a hablar, les contó toda la historia.

"Hace unos seis años que murieron sus padres, ambos en una semana: su padre fue enterrado el martes, y su madre murió el viernes. Estos huérfanos nacieron tres días después de la muerte de su padre, y su madre no vivió ni un día más. Mi marido y yo vivíamos entonces como campesinos en el pueblo. Éramos vecinos de ellos, nuestro patio estaba al lado del suyo. Su padre era un hombre solitario, un cortador de madera en el bosque. Un día, al talar árboles, le cayó uno encima. Cayó sobre su cuerpo y le aplastó los intestinos. Apenas lo llevaron a casa, su alma se fue a Dios; y esa misma semana su mujer dio a luz a dos gemelas, estas pequeñas. Era pobre y estaba sola; no tenía a nadie, ni joven ni viejo, con ella. Sola las dio a luz, y sola encontró la muerte".

"A la mañana siguiente fui a verla, pero cuando entré en la cabaña, ella, la pobre, ya estaba descarnada y fría. Al morir había rodado sobre esta niña y se había aplastado la pierna. La gente del pueblo vino a la cabaña, lavó el cuerpo, la acostó, hizo un ataúd y la enterró. Eran buenas personas. Los bebés se quedaron solos. ¿Qué se iba a hacer con ellos? Yo era la única mujer que tenía un bebé en ese momento. Estaba amamantando a mi primogénito, de ocho semanas. Así que me los llevé durante un tiempo. Los campesinos se reunieron, y pensaron y pensaron qué hacer con ellos; y al final me dijeron: "Por el momento, María, es mejor que te quedes con las niñas, y más adelante arreglaremos qué hacer con ellas". Así que amamanté a la sana en mi pecho, pero al principio no alimenté a la lisiada. Supuse que no viviría. Pero luego pensé: ¿por qué ha de sufrir la pobre inocente? Me compadecí de ella y comencé a alimentarla. Y así alimenté a mi propio hijo y a estos dos -los tres- con mi propio pecho. Era joven y fuerte, y tenía buena comida, y Dios me dio tanta leche que a veces incluso rebosaba. A veces solía alimentar a dos a la vez, mientras el tercero esperaba. Cuando uno tenía suficiente, amamantaba al tercero. Y Dios lo dispuso de tal manera que éstos crecieron, mientras que el mío fue enterrado antes de cumplir los dos años. Y no tuve más hijos, aunque prosperamos. Ahora mi marido trabaja para el comerciante de maíz en el molino. La paga es buena y estamos bien. Pero no tengo hijos propios, y ¡qué sola me siento sin estas niñas! ¿Cómo puedo evitar amarlas? Son la alegría de mi vida".

Apretó a la niña coja contra ella con una mano, mientras con la otra le secaba las lágrimas de las mejillas.

Y Matryóna suspiró y dijo: "Es cierto el proverbio que dice: "Uno puede vivir sin padre o madre, pero no puede vivir sin Dios"". "

Así hablaban juntos, cuando de repente toda la cabaña se iluminó como por un rayo de verano desde el rincón donde estaba sentado Miguel. Todos miraron hacia él y lo vieron sentado, con las manos cruzadas sobre las rodillas, mirando hacia arriba y sonriendo.

X

La mujer se fue con las niñas. Miguel se levantó del banco, dejó su trabajo y se quitó el delantal. Luego, inclinándose hacia Simón y su esposa, dijo: "Adiós, señores. Dios me ha perdonado. Yo también os pido perdón por todo lo que hayáis hecho mal".

Y vieron que una luz brillaba desde Miguel. Y Simón se levantó, se inclinó ante Miguel y dijo: "Veo, Miguel, que no eres un hombre común, y no puedo retenerte ni cuestionarte. Sólo dime esto: ¿cómo es que cuando te encontré y te llevé a casa estabas sombrío, y cuando mi mujer te dio de comer le sonreíste y te animaste? Luego, cuando el señor vino a pedir las botas, volviste a sonreír y te animaste aún más. ¿Y ahora, cuando esta mujer trajo a las niñas, sonreíste por tercera vez y te volviste tan brillante como el día? Dime, Miguel, ¿por qué brilla tanto tu rostro y por qué sonreíste esas tres veces?".

Y Miguel respondió: "La luz brilla en mí porque he sido castigado, pero ahora Dios me ha perdonado. Y sonreí tres veces, porque Dios me envió a aprender tres verdades, y las he aprendido. Una la aprendí cuando tu mujer se compadeció de mí, y por eso sonreí la primera vez. La segunda la apren-

dí cuando el rico pidió las botas, y entonces volví a sonreír. Y ahora, cuando vi a esas niñas, aprendí la tercera y última verdad, y sonreí por tercera vez".

Y Simón dijo: "Dime, Miguel, ¿por qué te castigó Dios? y ¿cuáles fueron las tres verdades? para que yo también las conozca".

Y Miguel respondió: "Dios me castigó por desobedecerle. Yo era un ángel en el cielo y desobedecí a Dios. Dios me envió a buscar el alma de una mujer. Volé a la tierra y vi a una mujer enferma que yacía sola y que acababa de dar a luz a dos niñas gemelas. Se movían débilmente al lado de su madre, pero ella no podía levantarlas hacia su pecho. Cuando me vio, comprendió que Dios me había enviado por su alma, y lloró y dijo: "¡Ángel de Dios! Acaban de enterrar a mi marido, muerto por la caída de un árbol. No tengo ni hermana, ni tía, ni madre: nadie que cuide de mis huérfanos. ¡No te lleves mi alma! Deja que amamante a mis hijos, que los alimente y que los ponga en pie antes de morir. Los niños no pueden vivir sin padre ni madre". Y le hice caso. Puse a uno de los niños en su pecho y entregué al otro en sus brazos, y volví al Señor en el cielo. Volé hacia el Señor, y dije: "No pude tomar el alma de la madre. A su marido lo mató un árbol; la mujer tiene mellizos, y ruega que no se lleve su alma. Ella dice: "Deja que amamante y alimente a mis hijos, y que los ponga en pie. Los niños no pueden vivir sin padre ni madre". No he tomado su alma". Y Dios dijo: "Toma el alma de la madre, y aprende tres verdades: Aprende lo que habita en el hombre, lo que no se le da al hombre, y lo que los hombres viven. Cuando hayas aprendido estas cosas, volverás al cielo". Así que volé de nuevo a la tierra y tomé el alma de la madre. Los bebés cayeron de sus pechos. Su cuerpo se revolvió en la cama y aplastó a un bebé, retorciéndole la pierna. Me elevé por encima de la aldea, deseando llevar su alma a Dios; pero un viento se apoderó de mí, y mis alas se cayeron y se desprendieron. Su alma se elevó sola hacia Dios, mientras que yo caí a tierra junto al camino".

XI

Y Simón y Matryóna comprendieron quién era el que había vivido con ellos, y al que habían vestido y alimentado. Y lloraron de asombro y de alegría. Y el ángel dijo: "Estaba solo en el campo, desnudo. Nunca había conocido las necesidades humanas, el frío y el hambre, hasta que me hice hombre. Estaba hambriento, helado, y no sabía qué hacer. Vi, cerca del campo en el que estaba, un santuario construido para Dios, y me dirigí a él con la esperanza de encontrar refugio. Pero el santuario estaba cerrado y no pude entrar. Así que me senté detrás del santuario para resguardarme al menos del viento. La noche se acercaba. Estaba hambriento, congelado y dolorido. De repente, oí a un hombre que venía por el camino. Llevaba un par de botas y hablaba solo. Por primera vez desde que me convertí en hombre vi el rostro mortal de un hombre, y su rostro me pareció terrible y me aparté de él. Y oí al hombre hablar consigo mismo de cómo cubrir su cuerpo del frío en invierno, y de cómo alimentar a la mujer y a los hijos. Y pensé: "Estoy pereciendo de frío y hambre, y aquí hay un hombre que sólo piensa en cómo vestirse él y su mujer, y en cómo conseguir pan para ellos. No puede ayudarme". Cuando el hombre me vio, frunció el ceño y se volvió aún más terrible, y me pasó por el otro lado. Me desesperé, pero de repente le oí volver. Levanté la vista y no reconocí al mismo hombre: antes había visto la muerte en su rostro; pero ahora estaba vivo, y reconocí en él la presencia de Dios.

Se acercó a mí, me vistió, me llevó con él, y me llevó a su casa. Entré en la casa; una mujer salió a nuestro encuentro y comenzó a hablar. La mujer era aún más terrible que el hombre; el espíritu de la muerte salía de su boca; yo no podía respirar por el hedor de la muerte que se extendía a su alrededor. Deseaba echarme al frío, y yo sabía que si lo hacía moriría. De repente, su marido le habló de Dios, y la mujer cambió al instante. Y cuando me trajo la comida y me miró, la miré y vi que la muerte ya no habitaba en ella; se había vuelto viva, y en ella también vi a Dios.

"Entonces recordé la primera lección que Dios me había dado: "Aprende lo que habita en el hombre". Y comprendí que en el hombre habita el Amor. Me alegré de que Dios hubiera empezado ya a mostrarme lo que había prometido, y sonreí por primera vez. Pero aún no lo había aprendido todo. Todavía no sabía lo que no se le da al hombre, y lo que los hombres viven.

"Viví contigo, y pasó un año. Un hombre vino a pedir unas botas que debían durar un año sin perder la forma ni agrietarse. Lo miré, y de repente,

detrás de su hombro, vi a mi camarada: el ángel de la muerte. Nadie más que yo vio a ese ángel; pero yo lo conocía, y sabía que antes de que se pusiera el sol se llevaría el alma de ese hombre rico. Y pensé para mis adentros: "Ese hombre está haciendo preparativos para un año, y no sabe que morirá antes de la noche". Y recordé la segunda frase de Dios: "Aprende lo que no se le da al hombre".

"Lo que mora en el hombre ya lo sabía. Ahora aprendí lo que no le es dado. Al hombre no le es dado conocer sus propias necesidades. Y sonreí por segunda vez. Me alegré de haber visto a mi camarada ángel; me alegré también de que Dios me hubiera revelado el segundo dicho.

"Pero aún no lo sabía todo. No sabía de qué viven los hombres. Y seguí viviendo, esperando hasta que Dios me revelara la última lección. Al sexto año llegaron las niñas gemelas con la mujer; y reconocí a las niñas, y oí cómo se habían mantenido vivas. Al oír la historia, pensé: "Su madre me rogó por las niñas, y la creí cuando dijo que los niños no pueden vivir sin padre ni madre; pero un extraño las ha cuidado y las ha criado". Y cuando la mujer mostró su amor por los niños que no eran suyos, y lloró por ellos, vi en ella al Dios vivo y comprendí de qué viven los hombres. Y supe que Dios me había revelado la última lección, y había perdonado mi pecado. Y entonces sonreí por tercera vez".

XII

Y el cuerpo del ángel se desnudó, y se vistió de luz para que los ojos no pudieran mirarlo; y su voz se hizo más fuerte, como si no viniera de él, sino del cielo. Y el ángel dijo:

"He aprendido que todos los hombres no viven del cuidado de sí mismos, sino del amor.

"No le fue dado a la madre saber lo que sus hijos necesitaban para su vida. Tampoco le fue dado al hombre rico saber lo que él mismo necesitaba. Tampoco le fue dado a ningún hombre saber si, cuando llegue la noche, necesitará botas para su cuerpo o zapatillas para su cadáver.

"Yo permanecí vivo cuando era un hombre, no por el cuidado de mí mismo, sino porque el amor estaba presente en un transeúnte, y porque él y su esposa me compadecían y amaban. Los huérfanos permanecieron vivos no por los cuidados de su madre, sino porque había amor en el corazón de una mujer extraña para ellos, que los compadecía y los amaba. Y todos los hombres viven no por el pensamiento que gastan en su propio bienestar, sino porque el amor existe en el hombre.

"Antes sabía que Dios dio la vida a los hombres y desea que vivan; ahora comprendí más que eso.

"Comprendí que Dios no desea que los hombres vivan separados, y por eso no les revela lo que cada uno necesita para sí mismo; pero desea que vivan unidos, y por eso les revela a cada uno lo que es necesario para todos.

"Ahora he comprendido que, aunque a los hombres les parezca que viven por el cuidado de sí mismos, en verdad es el amor lo único por lo que viven. El que tiene amor, está en Dios, y Dios está en él, porque Dios es amor".

Y el ángel cantó alabanzas a Dios, de modo que la cabaña tembló ante su voz. El techo se abrió y una columna de fuego se elevó de la tierra al cielo. Simón, su mujer y sus hijos cayeron al suelo. Aparecieron unas alas sobre los hombros del ángel y se elevó a los cielos.

Y cuando Simón volvió en sí, la cabaña seguía en pie como antes, y no había nadie en ella más que su propia familia.

1881.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB